

FLORIDOR PÉREZ *OBRA COMPLETA-MENTE INCOMPLETA*, Santiago, Editorial Planeta Chilena, S.A., 1997 (por María Luz Moraga Espinosa)

Analizar poemas es profanarlos y eso hace la crítica científica, impersonal y certera; leerlos para compartir nuestros hallazgos con hallazgos de otros lectores es iluminarlos. Se critica en nuestro medio la ausencia de crítica y se considera peligrosa la apreciación emocional, heredada de Alone. Las contradicciones en esta materia están conduciendo al caos. Los lectores compulsivos, (pueden ser poetas, narradores, profesores y hasta políticos), que en definitiva son los que escriben sus impresiones lectoras y las publican en espacios de medios de comunicación, están desorientados. Existen por aquí y por allá árbitros de literatura que establecen jerarquías a través de mitos superficiales y falsos que presionan a lectores incautos a acceder a la moda a que la propaganda invita. Pero la calidad de la moda parece estar evadiendo todos los controles indispensables. Quizás por eso la poesía tiene un reducido número de lectores, it is worst seller but best written. Aclarados estos puntos entro en materia.

Floridor Pérez es un caso muy especial. Ha estado siempre vinculado a actividades literarias: en sus comienzos, al Grupo Arúspide surgido en la Universidad de Concepción en la década de los '60; luego a la Revista *Orfeo*, para continuar con la Codirección de los Talleres de Poesía de la Fundación Pablo Neruda desde sus inicios en 1988 y en la actualidad al ejercicio de la docencia universitaria en Cátedras de Poesía. Ha colaborado en la difusión de poesía chilena con reseñas de poemarios y

artículos periodísticos. Floridor Pérez es el poeta de los galardones simbólicos y auténticos. En efecto, su obra ha despertado el interés de investigadores, como lo demuestran los estudios *Seis Poetas de los 60* (Foxley-Cuneo) y *Cuatro Poetas Chilenos* (Alonso-Rodríguez-Triviño). Obtuvo la Beca Fundación Andes en 1990 y siempre ha obtenido el reconocimiento de los lectores, reunidos en salas repletas para escucharlo recitar sus poemas.

El primer libro de Floridor Pérez que tuve en mis manos fue *Cartas de Prisionero* y lo encontré en la librería Universitaria de Antofagasta en 1990. Al año siguiente invité al poeta a la ciudad El Salvador en la Tercera Región a un Encuentro de Poesía. Leí con atención todos sus libros y estudié su trayectoria poética. He leído también lo que se ha escrito sobre su obra, situación que me complica a la hora de escribir estas palabras. Siento, sin embargo que reseñas, ensayos, estudios, críticas y comentarios sobre su dilatado trabajo poético están aún, por suerte (porque permite nuevas lecturas), completamente incompletos.

En *OBRA COMPLETA-MENTE INCOMPLETA* el autor nos lleva por un itinerario poético que se desliza por aspectos rutinarios de la vida que el hablante es capaz de envolver en una atmósfera emocionante: “Le han dicho//con ese hombre/no tendrán dónde/caerse muertos//Le he dicho//tendremos/todo el mundo/donde pararnos vivos”. La utilización de la estructura paralelística se distingue en varios textos en que el poeta crea una atmósfera de ansiedad o entusiasmo que se resuelve en el último verso o incluso en la última palabra del poema.

Se ha repetido incansablemente que el uso indiscriminado de cierto discurso lo condena al fracaso de su desgaste y lo torna inexpresivo. ¿Inexpresivo? Por supuesto no para nuestro poeta, quien extrema el cuidado en la selección de la palabra y busca fórmulas ordenadoras nuevas. Un resultado óptimo es el poema *SEPTIEMBRE 23 / 73* donde leemos: “Un receptor dispara a quemarropa/”...ha muerto Neruda...”//El locutor menciona el Poema 15/y lee el bando 20//El cabo de guardia busca algoailable/y sigue el ritmo con la metralleta.//Aquí en la isla el mar,/y cuánto mar//Pienso pedir un minuto de silencio/pero tardo horas y horas en sacar la voz.” La voz lírica ha recurrido aquí a una mirada que luego de traducir en palabras potencia la imaginación, permitiéndole expresar diversas realidades y logrando extraer poesía de un complejo de materiales físicos y espirituales, objetos y personajes en apenas una decena de versos, -incluidos desde la memoria, (Aquí en la Isla el mar/y cuánto mar)- del vate muerto. Floridor Pérez transforma, entonces, el lenguaje común de una época dictatorial, obligándolo a cumplir un servicio lírico.

Por otra parte, el amor tiene un tratamiento especial en la poesía de nuestro autor. Hay cualidades auditivas y sensoriales, belleza y elegancia. El poeta mismo nos cuenta que intenta reivindicar la protesta del suspiro en la lucha social: “tu isleño compatriota/te busca lecho adentro/a tientas sin un faro/y no te halla y no te habla/porque han apagado la luz/y han tocado a silencio en el presidio.” Para encontrar a la mujer amada retrocede y recurre a la métrica tradicional utilizando cuatro bellos endecasílabos: “cierto que tardé mucho en encontrarte/ípero eran cuatro millones doscientas/cuarenta y ocho mil quinientos treinta/las chilenas cuando salí a buscarte”. También en sus versos está la creencia que el amor salva y nada importará más que el reencuentro: “Me pusieron contra la pared, manos arriba/Me registraron meticulosamente/.../tras días piedra meses muro/tú me esperabas a la puerta del cuartel//íy esa fue mi victoria!”

Es el mismo Pérez quien reordena en esta autoantología su proyecto poético imprimiéndole de este modo un valor agregado al someter un material escrito durante más de cuatro lustros a una vinculación unitaria. Floridor Pérez se presenta como un poeta para quien nada pasa inadvertido, ni las míticas historias en torno a la también mítica figura del pugilista Arturo Godoy, ni la figura de su madre, una figura universal que se ha ido desdibujando en nuestros cibernéticos tiempos de cambio de milenio. Esto nos permite darnos cuenta de que las palabras adquieren nuevos símbolos cuando sorprendentemente, se unen de un modo nuevo. Así la obra que es en primera instancia la experiencia del lector y del autor adquiere matices sociales y colectivos. Floridor Pérez despliega su personalidad al expresarse desde su vida privada que el lector puede contrastar con experiencias de vida similares hechas públicas por un género absolutamente distinto: el periodismo. “La noche en que peleó Arturo Godoy/-¿te acuerdas?/Izquierda Godoy-derecha Joe/con la oreja pegada al receptor:/izquierda-derecha ¡pégale carajo!/las cuatro radios del pueblo/amanecieron encendidas esa noche/”.

También desde su privacidad nos entrega -en sus trabajos inéditos aquí incorporados-, la imagen del recuerdo de su madre: Allí véanla ahora:/doña Rina Lavín viuda de Pérez/con los pies en la tierra/con la cara en la lluvia/con las manos en la masa/con el alma en un hilo/del que todos pendemos”.

Y para comunicarse con la infancia recurre al niño que todos tenemos en nuestro interior y se dedica a esbozar verdaderas figuras geométricas en tiernos caligramas como “Volantín de pueblo”, “Mariposa” y “Velero”.

Sobre su tendencia lárca, su búsqueda de profundidad esencial, su expresión de lo mejor de la poesía testimonial mediante el recurso de la inserción de la comunicación epistolar, la agudeza de su lengua y el humor convertido en categoría de supervivencia ya se ha escrito en innumerables oportunidades. Nuestras mentes seguirán incompletas a la espera de nuevos hallazgos en nuevas lecturas de la obra de este “juglar extraviado en la era de la computación” donde a pesar de que hay que comer y la poesía no vende, nos advierte: No teman:/el fracaso/es la única situación/que sé afrontar con éxito.